

AQUELLOS CRITICADOS SOFISTAS Una cosmovisión particularmente novedosa

María Gabriela Reggiani¹

Introducción

Abordar el tema de los sofistas y de la cosmovisión que ellos representan ha resultado de lo más interesante y en cierta manera ha hecho que quitáramos el pesado velo de mala reputación que cubre a nuestros personajes, para dar lugar a un conocimiento, no acabado, pero sí más consciente de la precomprensión con la que vamos a enfrentarlos.²

Protágoras, junto con Gorgias, constituyen la primera generación de sofistas y, sin duda alguna, la gran aportación de la sofística al pensamiento humano fue obra de ambos. La influencia del sofista de Abdera en la cultura griega fue extraordinaria. Es, seguramente el más grande de los sofistas, incluso

¹ La Prof. María Gabriela Reggiani ha hecho estudios en Lobería, La Plata (Universidad Nacional de La Plata y Universidad Católica de La Plata - UCALP) y la Universidad de Salamanca (España), donde actualmente completa la licenciatura en Filosofía. Ha sido docente en los colegios de la UCALP y representante legal del Instituto "Seminario Mayor San José" de La Plata.

² Utilizamos la expresión "prejuicio" en el sentido dado por Hans Georg Gadamer, para quien todo lector se acerca a los textos no como a una *tábula rasa* sino con su *pre-comprensión* (*Vorverständnis*), es decir, con sus *pre-juicios* (*Vorurteile*), sus pre-suposiciones: dado *aquel* texto y dada la *pre-comprensión* del intérprete, éste esboza un significado preliminar de tal texto, y es en efecto un esbozo, porque el texto es leído por el intérprete con ciertas expectativas determinadas derivadas de su pre-comprensión. El trabajo hermenéutico consiste en la elaboración de este proyecto inicial que es continuamente revisado en base a lo que resulta de la ulterior penetración del texto. De este modo, las *precomprensiones* y *prejuicios* están compuestos por una memoria cultural (el conjunto de lenguajes, mitos, teorías, etc). Para Gadamer, las sucesivas penetraciones en el texto nos hacen descubrir la *alteridad* del mismo. Al descubrir lo que el texto dice también descubrimos la *diversidad* de nuestra mentalidad y, tal vez, la *lejanía* de nuestra cultura; lo hacemos partiendo de aquellas 'donaciones de sentido' que construimos a partir de nuestra precomprensión y que corregimos y descartamos bajo la presión del texto. Las precomprensiones, pues, deben ayudar a comprender el texto. Gadamer desarrolla también una historia de los efectos, indicando que la comprensión mejora con el tiempo, en la medida en que sucesivas generaciones van interpretando un texto y agregando nuevos elementos comprensivos (Cf. Gadamer, Hans-Georg, "Vom Zirkel des Verstehens", en *Gadamer, Werke*, 2, 57-65, Tübingen, 1986).

superior a Gorgias. Gran parte del pensamiento griego absorbió sus doctrinas y hasta es posible que el propio Platón fuese influenciado por el sistema del sofista, más de lo que él mismo creyera.

Con Protágoras se inicia lo que los autores han llamado el “período antropológico” en la filosofía griega. Fue un innovador y por ello no es de extrañar que no se le comprendiera, incluso fuera tergiversado por Aristóteles y más aún por Platón.

Reflexionaremos en el papel que los sofistas han tenido en la evolución del pensamiento y en la visión del mundo. Papel casi nunca reconocido, pero que luego de veinticinco siglos aún tiene vigencia.

I. Aparición y éxito de los sofistas

Nos situamos en la Atenas del s. V a.C, es “El siglo de Pericles”, como ha sido llamado, donde Atenas se convierte en la ciudad más poderosa de Grecia. Aquí aparecen los criticados sofistas, y a pesar de esto van a ser capitales para la civilización griega e incluso para la occidental.³

Es fácil constatar que en el desarrollo de esta época desempeñaron un papel sorprendente. Todo parece haberse llevado a cabo bajo su influencia y su participación. Todo el mundo reconocía su importancia, todos los escritores de la época fueron discípulos suyos, todos aprendieron algo de los sofistas, los imitaron, discutieron con ellos.

Segunda mitad del s. V a.C.: Sócrates está a la mitad de su vida, y Platón ha nacido ya o está a punto de nacer (427). Es el tiempo en que se produce una reacción contra la especulación física y los filósofos empiezan a dirigir su pensamiento hacia la vida humana. “Fue una rebelión del sentido común contra la lejanía e incomprensibilidad del mundo, tal como los físicos lo presentaban”.⁴

Atenas había llegado a ser la directora de Grecia, por todos reconocida, en el orden intelectual y en otros órdenes, de suerte que los pensadores de otras partes del mundo griego, como Anaxágoras y Protágoras se sentían atraídos por Atenas y se establecían en ella. Pero desde 431, la ciudad estaba empeñada en una guerra larga y terrible que produjo su caída treinta años más tarde y poco des-

³ Cf. Jaquelline de Romilly, *Los grandes sofistas en la Atenas de Pericles*, Barcelona: Seix Barral, 1997, 8.

⁴ W.K.C. Gutrie, *Los filósofos griegos de Tales a Aristóteles*, México: Fondo de Cultura Económica, 1973, 67.

pués de haber estallado la guerra sobrevino la peste. Ahora bien, si la investigación científica desinteresada exige, como dijo Aristóteles, un mínimo de sosiego y de circunstancias materiales propicias, Atenas no era ya el lugar en que la investigación resultase fácil, sino al contrario, una ciudad en que los problemas de la vida y de la conducta humanas eran cada día más apremiantes. Al ser una democracia bastante pequeña garantizaba la participación de todos los ciudadanos libres en la vida política. Algunos cargos se proveían por sorteo, y todos los ciudadanos veían que tenían muchas probabilidades de representar un papel activo en la dirección de los negocios del Estado. Esto a su vez alimentaba la ambición de saber cada vez más acerca de los principios que sirven de fundamento a la vida política y de las artes que procuran la habilidad en esas actividades.

En este escenario, aparecerán los sofistas y su éxito estará vinculado en todos los aspectos al desarrollo democrático de Atenas.

II. ¿Quiénes eran estos personajes?

El nombre sofista nos remite a la palabra: *sophistés* (maestro de sabiduría). Vamos a definirlos, en principio, por lo que no eran: No eran "sabios", o *sophoi*, palabra que no designa una profesión, sino un estado; no eran "filósofos", palabra que sugiere una paciente aspiración a lo verdadero, más que una confianza optimista en la propia competencia. "No es *sophós* el hombre que sabe muchas cosas, dice Esquilo, sino aquel cuyo conocimiento es útil".⁵

Digamos ahora entonces lo que sí eran y a qué se dedicaban: Eran maestros del pensamiento, maestros de la palabra. El saber era su especialidad. No se habían conocido nunca maestros como ellos, que enseñaran como ellos lo hacían. Hasta entonces la educación había sido la de una ciudad aristocrática donde las virtudes se transmitían por herencia y por el ejemplo: los sofistas aportaban una educación intelectual que debía permitir a quienes pudieran pagárselo distinguirse en la ciudad.

Un *sophistés* escribe o enseña porque tiene una especial habilidad o conocimiento que impartir, con tal seguridad en sus lecciones, que se hace pagar por ellas. Vende la competencia intelectual, y la vende cara.

Su *sophía* es práctica, bien en el campo de la conducta y de la política, o bien en el de las artes técnicas. Si se hacían pagar era porque transmitían una enseñanza

⁵ W.K.C. Guthrie, *op.cit* (4), p.39

como profesionales. La idea de profesión y de técnica especializada, que se percibe en su nombre y se afirma en sus programas, justificaba esta actitud.

Aunque no puede decirse que formaran una escuela filosófica particular, los sofistas tenían en común determinados puntos. El primero, lo podemos caracterizar como la naturaleza esencialmente práctica de su enseñanza, la cual tenía por objeto, según decían, inculcar la *areté*⁶. Y en segundo lugar, comparían algo que puede llamarse con más propiedad una actitud filosófica: el escepticismo, la desconfianza respecto de la posibilidad del conocimiento absoluto. Todos por igual creían en la antítesis entre naturaleza y convención. Podían diferir en su estimación del valor relativo de cada una, pero ninguno de ellos hubiera sostenido que las leyes humanas, costumbres y creencias religiosas fueran inamovibles por estar enraizadas en un orden natural inmutable.

Una enseñanza novedosa

Si queremos apreciar lo que representaba la enseñanza de los sofistas, tendremos que comprender hasta que punto fueron una novedad.

Atenas no tenía nada que se pareciese a lo que nosotros llamamos enseñanza superior, y mucho menos a lo que podría ser una enseñanza intelectual. La juventud se formaba, primero, con lo que la herencia daba, luego con los modelos que constituían los antepasados, la familia, las tradiciones. El valor y los méritos físicos eran muy importantes. Solamente algunos, los filósofos, tenían discípulos, alumnos. Seguramente, estos jóvenes aprendían del maestro todo lo que éste había pensado y apreciado: ciencias, teorías sobre el universo, doctrinas religiosas o morales, incluso políticas. Eran grupos reducidos de futuros filósofos, movilizadas por la curiosidad o la admiración. Pero no se trataba de una enseñanza sistematizada ni mucho menos.

En este contexto entran en el escenario ateniense los “maestros itinerantes”. ¡Ofrecen la formación que falta, y la venden! Enseñan a hablar, a razonar, a juzgar, tal como el ciudadano deberá hacerlo toda su vida. Y lo enseñan a jóvenes ya provistos de la instrucción tradicional. Los arman para el éxito, y para un éxito que no se basa en la destreza física ni en la música sino en el uso de la inteligencia.

⁶ W.K.C. Guthrie *op. cit.* (4) La *areté* designaba aquellas cualidades de excelencia humana que hacían del hombre un líder natural en su comunidad, y que hasta entonces se había creído que dependían de ciertos dones naturales, incluso, divinos que eran señal de buena cuna y crianza.

Evidentemente se diferenciaban de los filósofos. No eran teóricos desinteresados en busca de verdades metafísicas, sino que la instrucción que facilitaban debía ser eminentemente práctica y eficaz en la vida, como una técnica profesional. Era una *téjne* para el ciudadano.

Al contrario de la formación profesional, sus cursos no se seguían para convertirse en sofistas, sino para ser oradores brillantes, ciudadanos competentes, espíritus sagaces. Hablaban de una *téjne* con reglas conocidas y fáciles de aprender.⁷

Los sofistas impartían sus clases bajo la forma de conversaciones, agrupadas en series, pero ofrecían también sesiones públicas a las que podía asistir cualquiera. Y así sucedía, la gente asistía boquiabierta a estas fiestas de la inteligencia, que constituían a sus ojos un espectáculo fascinante.

Pero aunque era un gran cambio haber cedido el paso a las cualidades intelectuales, consideradas como más útiles que todo lo demás, y esto pudiera provocar algún malestar, no había, sin embargo, acuerdo sobre el papel de estas cualidades ni sobre la mejor manera de cultivarlas. “Los sofistas prometían, mediante la financiación, un éxito práctico relativamente rápido: esto era, a los ojos de los filósofos, a los ojos de Sócrates y de sus discípulos, perseguir un mal fin, dar la espalda a la verdad y al bien, en suma, equivocarse completamente de orientación.”⁸ Esta desaprobación, podemos decir, que está relacionada con su profesionalismo. ¿Por qué?. Nosotros estamos habituados a pensar en la enseñanza como un modo de ganarse la vida perfectamente respetable, y por lo que sabemos en Grecia no había ningún perjuicio contra el ganarse la vida de

⁷ J. Barrio Gutiérrez, *Protágoras y Gorgias, Fragmentos y Testimonios*, Barcelona: Orbis, 1984, 49. Sobre el Carácter General de la Doctrina de Protágoras dice: Platon, *Protágoras*, 317 B y ss. (Habla Protágoras): “Yo he seguido y sigo un camino radicalmente opuesto al de éstos y confieso que soy sofista y educador de los hombres. Joven, he aquí lo que obtendrás si estás junto a mí: Cuando hayas pasado un día a mi lado, volverás a tu casa más perfecto; lo mismo ocurrirá al día siguiente, y así cada día, sin interrupción, progresarás hacia la perfección. Los demás sofistas corrompen a los jóvenes, pues, cuando dichos jóvenes tratan de evitar las ciencias técnicas, los sofistas les obligan a lanzarse sobre ellas, aunque no lo deseen, enseñándoles cálculo, astronomía, geometría y música (y diciendo esto miraba intencionalmente a Hipias). Por el contrario, el que venga a mi lado, sólo aprenderá aquello que ha venido a buscar. Y este aprendizaje versará sobre la eubulia (virtud de la buena deliberación) en las cuestiones familiares, para que se administre excelentemente la propia casa, y sobre el gobierno del Estado, para que cada uno sea muy eficaz en los asuntos públicos, tanto con la acción como con la palabra”.

⁸ Jaqueline de Romilly, *op. cit.* (2), p.54

esa forma. Por ejemplo, a los poetas se les pagaba por su trabajo, igual a los artistas y a los médicos, tanto por la práctica como por enseñar a otros. El problema parece que residía, en algo que hemos mencionado anteriormente, en la clase de temas que afirmaban enseñar, particularmente la *areté*.

En una sociedad aristocrática como la ateniense, la virtud es innata: se posee por el azar del nacimiento o más a menudo por la herencia. La revolución de los sofistas fue sin duda, haber alzado la enseñanza frente a la naturaleza y contra ella.

Un rasgo más a tener en cuenta: eran viajeros – procedentes de los confines opuestos del mundo griego-; se detenían en muchas otras ciudades además de Atenas, para propagar allí su enseñanza. En los diálogos de Platón aparecen siempre en la ciudad capital, pero no debemos olvidar que los encontramos en otras partes también. Se sabe que Gorgias (que venía de Sicilia) enseñó en Beocia y sobre todo en Tesalia, donde parece haberse establecido de manera definitiva. Y a la inversa, fue en Sicilia donde Hippias (que venía de Elis, en el Peloponeso) encontró un día a Protágoras (que procedía de los últimos confines de Tracia). En cuanto a Trasímaco (que venía casi del Mar Negro) encontramos en los títulos de sus obras un discurso "*Para el pueblo de Larisa*", donde Larisa era Tesalia.

Todas estas ciudades, repartidas por el Mediterráneo, eran ciudades griegas. Nuestros personajes inauguraron, o más bien establecieron y desarrollaron en Grecia el espíritu cosmopolita y además de vincular así las ciudades griegas frecuentarlas y compararlas, estaban bien situados para encarnar la idea de la unidad griega. Dicho de otra manera, la generación de los sofistas es la que ve aparecer la nostalgia de la unidad griega.⁹

Conclusión

No fueron una escuela filosófica particular, sino que hicieron de la sofística una profesión y su modo de vivir, del anhelo que empezaron a sentir los hombres de ser dirigidos y orientados en los asuntos prácticos; anhelo que nació en aquel tiempo por varias causas, entre otras: las crecientes oportunidades para tomar parte en la política activa, la insatisfacción cada vez mayor respecto

⁹ Cf. Jaqueline de Romilly, *Op.cit* (2), 225: "La idea de unidad griega ya había tomado cuerpo y realidad medio siglo antes, durante las guerras médicas. Así lo atestigua Heródoto, haciendo celebrar a los atenienses 'lo que une a todos los griegos, la sangre y la lengua, los santuarios y los sacrificios que son comunes a todos, así como las costumbres'."

de las doctrinas de los filósofos naturales y el creciente escepticismo acerca de la validez de la enseñanza religiosa tradicional.

Los sofistas fueron los profesores del siglo de Pericles, y fueron grandes profesores. Tanto Protágoras como Gorgias, eran filósofos al mismo tiempo que maestros de retórica, consejeros políticos al mismo tiempo que lógicos, estilistas al mismo tiempo que científicos. Luego las cosas se decantaron, y pronto quedaron sólo maestros de retórica. Todos a la par, se apoyaban en la ausencia total de valores y principios absolutos. Consideraban que toda acción humana se basaba en la experiencia únicamente y sólo era dictada por su utilidad o eficacia. Lo justo y lo injusto, la sabiduría, la justicia y la bondad eran meros nombres, aún cuando pudiera argüirse que algunas veces era prudente obrar como si fuesen algo más que eso.

Pero, ¿sólo podemos hablar de ellos cómo relativistas y escépticos? Si traspasamos el marco de las discusiones filosóficas veremos algo más que eso.

Fueron los primeros en impartir, con vistas a una vida práctica, una enseñanza intelectual, como lo que se imparte todavía en la actualidad. Le dieron la forma de una enseñanza por la retórica. Para aprender a hablar mejor, se interrogaron sobre el lenguaje e intentaron poner orden en el estudio de la gramática. Lanzaron reflexiones sobre el hombre, sobre su psicología, sobre las reacciones previsibles en las diversas circunstancias, sobre la estrategia, sobre la política. Todo se convirtió en *téjne* entre sus manos y todas estas ciencias humanas, son las que la modernidad ha tomado y profundizado.

Sin duda, los recursos de su arte, les infundieron demasiada confianza y se envanecieron. Y entonces el nombre de “sofista” se cargó de sentido desfavorable.

Fueron los primeros en tratar de pensar el mundo y la vida en función del hombre en solitario, como también los primeros en hacer de la relatividad de los conocimientos un principio fundamental y en abrir los caminos no solamente del pensamiento libre, sino de la duda absoluta de todo lo que es metafísica, religión o moral. Obviamente, no pretendemos decir aquí que hayan tenido razón en sus apreciaciones, sino que tuvieron la originalidad de impulsar lo más lejos posible el racionalismo y el escepticismo. Y aunque su papel no continuó y sus obras se perdieran, quedó y queda aún todo lo que habían lanzado: nuevas perspectivas en todos los campos del espíritu.

“La innovación de Protágoras conduce directamente a Isócrates, Isócrates directamente a Cicerón y Cicerón directamente a nosotros. Si

tenemos una enseñanza para los alumnos de instituto, para los estudiantes, para la gente deseosa de aprender, incluso más tarde, a conocer y manejar las ideas, lo debemos a Protágoras y sus amigos".¹⁰

Finalmente, los sofistas provocaron que el mismo Sócrates dedicara su vida a combatirlos, así como que Platón diera sus máximos frutos precisamente en la crítica de sus enseñanzas.

¹⁰ Jaqueline de Romilly, *op.cit.* (2), 67.